

De editores y escritores, o el hambre y las ganas de comer

Víctor MORENO*

Decía O. Wilde, citando a Arnold, que la crítica "era la que crea la atmósfera intelectual de la época. Una época sin crítica, o bien es una época en la que el arte es inmóvil, hierático, limitado a la reproducción de modelos formales, o bien es una época carente de arte" (*El crítico como artista*, Madrid, Edaf, 1980).

Sin embargo, R. Calasso, editor, sostiene: "Pienso que la calidad intelectual de un país se manifiesta más en sus editores que en el mundo académico" ("Entrevista con Roberto Calasso", "Mugalari", *Gara*, 9-4-2005).

Probablemente, ni Wilde ni Calasso acierten en su diagnóstico.

De la crítica

¿Cuáles podrían ser los síntomas y los instrumentos que midieran dicha crítica? Podemos, desde luego, analizar en vivo y en directo la crítica que se hace en los medios de comunicación y deducir, con más o menos exactitud, que en ella hay/no hay atisbo alguno de crítica y de pensamiento. Pero extrapolar esa laguna/presencia al ámbito general del pensamiento, parece un claro ejercicio de reduccionismo interpretativo. Pues es muy difícil sopesar la realidad en términos tan abstractos y tan generales.

Es más. Algunos ensayistas no se andan con remilgos, y consideran que nuestra época está ayuna de pensamiento crítico. Y aducen razones de todo tipo pero, especialmente, sociológicas.

a.- La primera consiste en asegurar que no puede existir un pensamiento crítico, cuando la mayoría de los intelectuales que ejercen la crítica son funcionarios, sujetos a nómina.

La incompatibilidad entre crítica y plantilla de sueldo, desglosada en salarios, complementos y con obligaciones administrativas, tales como los tribunales de oposición, los exámenes y las calificaciones, hace inviable cualquier crítica y, sobre todo, autocrítica. Una plantilla a la que, de manera directa o indirecta, pertenecen los supuestos intelectuales de este país. Se viene a decir que vivimos en un mundo tan bien administrado burocráticamente que resulta imposible escapar a la nómina. ¿Quién goza hoy de la independencia espiritual de un rentista como Schopenhauer o de un paranoico como Nietzsche? ¿Quién puede siquiera acercarse a su potencia crítica? ¿Azúa? Ja. ¿Savater? Je. ¿Lledó? Jo. Jajejo.

* Escritor y crítico

Dependiendo de esa situación burocrática, se situaría el contexto de una cultura corporativista y endogámica, incompatible con un pensamiento crítico. Más aún, la nítida distinción entre una crítica académica y una crítica periodística de hace unas décadas, hoy, se ha hecho muy difusa. Los críticos académicos quieren ser periodistas y los periodistas académicos. Así, no hay quien se aclare. Y menos aún la gente de buena voluntad. Estos, menos.

b.- La segunda explica la dificultad de casar el pensamiento crítico con la índole de nuestras "sociedades abiertas", donde todo el mundo no cesa de criticarlo todo. Ambas realidades son incompatibles. Pues la crítica se ha integrado de tal modo en el vivir postmoderno que su ejercicio ya no llama la atención. Da la sensación de que callarse es mucho más radical que hablar.

La regla de lo *políticamente correcto* ¿qué es sino la sanción de un estado de vigilancia o *police des mœurs* y, en definitiva, de crítica constante, esgrimido como un "popperiano" principio de "falsabilidad" que somete todo, absolutamente todo y todo el tiempo a crítica y revisión? Así se explica que hablar y escribir "a la manera crítica", sea como sea y donde sea, ya no produzca ningún revulsivo, y en cambio se convierta en cantinela conocida para alimentar la llamada, tan falsa como intencionadamente, "cultura del resentimiento" o "la escuela del desdén".

60

c.- La tercera explicación radicaría en el propio discurso crítico, el cual no encuentra una vía eficaz de expresión, porque se da siempre muy ligado al destino del objeto al que está dedicado. Como suele decirse, nadie tira piedras contra su propio tejado. Ahora bien, ¿a un estilo se lo combate eficazmente con un estilo mejor o más efectivo o más brillante, como proponía Nietzsche? Me temo que tampoco.

Echar mano de falsas apelaciones al sentido común o a un estilo grandilocuente, tampoco ayuda en nada a clarificar esta situación. Quizá, una tarea urgente, siempre en el horizonte de las expectativas de llevarse a cabo, consistiría en analizar la noción de este sentido común y señalar la falta de validez que tiene como criterio de verdad y conocimiento.

d.- Junto al sentido común convive esa fórmula tan aparentemente democrática y pluralista de asegurar que, en el momento actual, "*hay críticas para todos los gustos*": estructuralista, impresionista, formalista, académica, crítica psicoanalítica, crítica comparada, filológica, estilística, ideológica, metaliteraria, sociológica, lacaniana y deconstruccionista. Y política, claro, aunque nadie quiera reconocerlo.

Sin embargo, la realidad es que no existe tal pluralismo teórico-crítico. Y, menos aún, en los suplementos literarios de los periódicos, donde el pensamiento crítico hace varias décadas que hizo agua.

Así que, si los intelectuales no son críticos, y los editores publican a estos intelectuales, ¿dónde encontrar un pensamiento crítico, una fuerza intelectual capaz de desmontar el gran fiasco cultural en el que, según apocalípticos intérpretes, estamos inmersos?

¿En los editores? Veamos.

De los Editores

Ignoro en qué editores piensa Calasso cuando mantiene que los de su gremio son los verdaderos espías de la calidad intelectual de una sociedad. Si lo hace pensando en sí mismo, además de reflejar una arrogancia reduccionista impertinente, es un iluso. No sólo su sinécdoque nos resulta antipática, sino que mucho peor lo es su endogamia, pues su postura barre inequívocamente hacia su patio. Pero lo peor es que me temo que su intuición tampoco sea verdadera —rara vez lo es cuando un particular se pone como vara de medir lo universal—, y, peor, que ni siquiera roce los goznes de lo verosímil.

Primero habría que determinar el concepto de calidad intelectual. Quién lo establece y cómo, y en función de qué o para qué o quiénes. ¿Los editores? ¿Todos los editores? ¿También aquellos que, según es notorio, producen maravillosa literatura basura? Segundo, además de que esta posición transmite un tufo de elitismo, plantea varias cuestiones sin resolver. Por ejemplo, está por ver que los editores sean la encarnación de la excelencia intelectual y de la cultura. Desde luego, si se juzgara a los editores por el juicio que merecen a los escritores, más de uno y de dos deberían hacerse el haraquiri. Un editor puede editar auténticas mermeladas literarias y ser un tarugo en dichas confituras. Pues rara vez, y menos hoy, el editor trabaja solo.

Una descripción, tan anodina como socorrida del oficio de editor, corresponde al inglés Michael Joseph, quien solía afirmar que “editar es simplemente una cuestión de decir Sí o No en el momento apropiado”. Una frase recurrente que algunos editores de este país, cuando son requeridos para definir su función, utilizan sin citar la fuente, lo cual, si no muestra calidad intelectual alguna, sí deja en solfa su exquisita honradez.

61

Antología del sarcasmo

Llevo unos cuantos años recogiendo material explosivo formado por lo que dicen los escritores de sus respectivos editores, pues aquí nadie habla por boca de ganso, sino de cómo le fue la feria de su propia vanidad.

La mayoría habla mal. Con todas sus exquisiteces podría formarse toda una antología sarcástica imperecedera. Da la sensación de que hablar bien iría contra la tradición satírica que acompaña a los novelistas, cuando se refieren a quienes publican sus obras.

He creído ver que lo hace especialmente cierta tradición cultural izquierdista, quien siempre vio en los empresarios librereros la imagen del avaro despiadado y sin escrúpulos, aunque tuvieran, al menos antaño, un buen olfato literario (descontando por supuesto las meteduras de pata de algunos de ellos negándose a publicar a Proust o a García Márquez, como fue el caso de Gide y de Barral, respectivamente). Pero si repasamos esta recopilación del disparate venal y vengativo de los escritores contra los editores encontraremos epigramas tan piadosos como las siguientes: "Todos los editores son hijos del diablo. Para ellos debería haber un infierno especial" (Goethe); "Todos los editores son unos rufianes" (Céline); "La diferencia entre un editor y un caballo estriba en que el segundo ignora el lenguaje de los ganaderos" (Max Frisch).

Siguiendo esta estela del desdén, Javier Marías hace unos diez años —estaba reciente su separación con Herralde, ocurrida en 1995—, no sólo sugería que los editores —así, en manada— son unos ignorantes mercachifles, sino, mucho peor, los comparaba con proxenetas dedicados a traficar con putas de postín: “Aunque *hay excepciones dignas de celebración*, supongo que la literatura les interesa (a los editores) cada vez menos, y ven los libros como objetos de intercambio, y a los autores como meros nombres o firmas con los que presumir o comerciar” (“El mar de Francfort”, *El Semanal*, 10-10-1996. La cursiva es mía).

Quizás la utilización de la palabra proxeneta o chulo resulte impertinente. Sin embargo, Jorge Herralde, al resumir su trabajo como editor en Anagrama, sugería lo propio: “Llevo 27 años dedicándome a traficar con los “egos” de los escritores” (*Diario de Noticias*, 31-III-1996). Al fin y al cabo, los sinónimos más ajustados con la palabra traficar son comerciar, especular, vender, tratar... como ganado o como mercancía. Desde luego, el bueno de Herralde no estuvo muy acertado en la utilización del verbo de marras.

Modernamente, existen críticos que sostendrán que “*hay editores* que parecen domadores con el látigo a punto”, que es lo que dice Rodríguez Rivero, pero, como es hábil costumbre en espíritus cobardes y chupatintas, no cita ni un solo nombre de tales sujetos tan circenses como sádicos. Más todavía. El mismo crítico volverá a cobijarse en la nebulosa del tirar la piedra y guardar la ropa en el siguiente fragmento, que es un comentario paródico a la cita de Joseph: “Ahora *muchos editores* dicen demasiado que sí a quienes ya no se lo merecen, y demasiado que no a los que empiezan, y es que, tras unos años de loca euforia en la que todo el monte parecía orégano florido, los jóvenes novelistas lo vuelven a tener crudo. (Manuel Rodríguez Rivero, “ABC de las artes y las letras”, *ABC*, 7-5-2005).

62

Vistas así las cosas, y muchas más que veremos, amigo Sancho, ignoro si la calidad intelectual de un país es como para fiársela a los editores. Ya he sugerido que, en realidad, lo primero que habría que plantearse es una cuestión semántica de andar por casa del análisis exacto y riguroso: ¿En qué consiste el eufemismo de la calidad intelectual? ¿En la capacidad crítica de pensamiento de los tradicionalmente considerados como intelectuales?

Sin quererlo, o pretendiéndolo de un modo un tanto presuntuoso, Calasso se mete en un callejón que, quizás, tenga salida, pero está más oscuro que la garganta estilizada de una jirafa del Senegal. Ya se ha dicho que los intelectuales de este país sólo son acerbos críticos con quienes nada pueden perder. Fijémonos, por ejemplo, en el último premio Espasa Calpe, otorgado a Irene Lozano, por su obra *Lenguas en guerra*. ¿Es buena dicha obra? ¿Mucho mejor que, por ejemplo, un ensayo de un nacionalista? Ni idea. Pero el ambiente intelectual de los jurados de premios —y aquí me refiero a todos los ambientes— está tan viciado que un ensayo de esta guisa es normal que lo premie un jurado “intelectual” que es lo más antinacionalista que uno puede echarse a los autóctonos asimétricos. Un jurado formado por Savater, Juaristi y Amando de Miguel, dada su independencia y honradez intelectual, ¿cómo no van a premiar una obra, cuyo pensamiento coincide con lo que ellos piensan sobre dicho asunto? Y es que, a veces, hasta a esas sublimes cuotas llega la calidad intelectual de algunos críticos: una obra no puede ser mala, si lo que plantea es lo que yo digo. Ni los adolescentes de Secundaria caen tan bajos cultivando su proverbial psicologismo crítico.

El dinero, siempre el dinero

De asunto tan trascendental como es el dinero, el verdadero caballo de Troya en las relaciones sádico masoquistas entre editores y escritores, se habla muy poco en público, y cuando se hace, el escenario se cubre de ingentes inmundicias.

Hay, por supuesto, escritores cuya cólera —¿*ridicular?*— la contienen y son capaces, incluso, de plantear la guerra en términos tan pacíficos que es imposible que ganen siquiera una batalla. Desde siempre, y no desde hace décadas, el escritor no sabe cómo hacer frente a tanto editor desalmado, ignorante y atento únicamente a su caja de caudales. La escritora Pilar Cibreiro confesaba su impotencia interior de esta guisa tan educada como inútil: “Creo que en esto los escritores tenemos que ser menos serviles de lo que somos. Si no, nunca se arreglará nada y las editoriales seguirán haciendo lo que quieran con nosotros” (*Leer* N° 2 octubre 1985).

Ya en el número 1 de la citada revista, no solamente se cuestionaba el tratamiento rufianesco que algunos editores propiciaban a sus putas, digo escritores, sino que, incluso, se hurgaba directamente en el *sancta sanctorum* de la economía. De este modo: “¿Qué tipo de normas seguirá el escritor para controlar las ediciones de sus libros? La respuesta es muy sencilla, sólo puede basarse en la honradez y sinceridad, o sea en lo que se le diga” (*Leer* N° 1. 21-6-1985).

Honradez y sinceridad. Desde aquí estoy oyendo las carcajadas de Mario Muchnik al escuchar tan rimbombantes palabras. Si existen palabras que no forman parte del léxico de un editor son, precisamente, éstas: honradez y sinceridad. ¿Y en el escritor? Habrá que aguantarse y no mentar la sogá en casa del ahorcado.

Mario Benedetti, que sabe muy bien en qué terreno pantanoso se mueve, tras arremeter contra los editores porque temen “la poesía como el diablo a la Cruz”, aseguraba que “tienen (los editores) una cuota de responsabilidad que no todos asumen. Las editoriales son empresas comerciales y no instituciones de beneficencia. El problema es que a veces piensan que sólo la mala literatura, comercialmente, representa un buen negocio (...) Si se ofrece sólo basura, elegirá de entre esa basura lo menos malo. Pero si se mejora la calidad del producto, el listón del gusto popular irá subiendo. Ningún pueblo tiene un mal gusto congénito (...) El mejor editor es quien además es un buen lector, un gozador de la buena literatura” (Benedetti, *ABC*. 14-7-1994).

¿Qué decir? Es la eterna cantinela que llevamos oyendo desde el paleolítico superior. Una estrofa cuya letra olvida que ser editor y gozador de la buena literatura no es incompatible con ser un ladrón, o, como ya se ha dicho, un *chuloputa*. Pero la reprimenda de Benedetti tiene otra explicación, desde luego mucho menos gloriosa para la fama de los propios escritores. A fin de cuentas, ¿cómo puede suceder el milagro de que algunas editoriales editen a Benedetti poeta, aunque sólo venda veinte ejemplares y ello sea un pequeño agujero negro para la editorial? Pues de la única manera que es posible hacerlo: editando mucha morralla que es lo que, al parecer, la gente compra. Y gracias al dinero que proporciona esta literatura basura —desde Tito el dinero *non olet*— se pueden hacer ediciones de escritores de culto y que sólo leen diez. Un asunto paradójico, pero real: el prestigio de una editorial lo otorga la publicación de obras inmensas, clásicas, maravillosas; pero el sostenimiento económico de

la editorial recae en la publicación de literatura calificada de mediocre y *best selleriana*. Con las excepciones de quienes, incluso escribiendo muy buena literatura, también venden cifras millonarias. Lo cual demuestra que la relación ventas y calidad literaria es más compleja de lo que parece. Lo mismo sucede con el cine. ¿Cómo es posible que a alguien le guste una película de Martínez Soria y otra de Fritz Lang? Pues, ni más ni menos, que siendo posible... la existencia de sujetos más complejos de lo que los listos de turno piensan.

Decía Schiffrin —*La edición sin editores* (Destino)— que un buen editor es aquel que edita contra el mercado. ¿Sí? Para nada. Decir eso es lisa y llanamente demagogia y ganas de epatar. ¿Por qué? Ya lo he sugerido. El problema de fondo y en el que raramente los que proponen soluciones encuentran un cómodo consenso es el siguiente: Calidad, rigor y vocación de servicio cultural, ¿son incompatibles con las grandes empresas que dominan el sector? Sabemos que son permeables.

Además, no todo el mundo está llamado a leer a Mann, Kafka, Proust y Julián Ríos. Más bien, sucede todo lo contrario. Estoy convencido de que ese 53% de lectores, que dicen que hay, son lectores de *best sellers* y derivados más o menos planos de Corín Tellado. Los lectores en este país se hacen leyendo mediocridades. La mayoría de este país lector no sabe quién es Céline, Eliot, Holan, Gombrowicz, Sterne, y Grimmelshausen. Y si lo saben, callan como discretos que son.

Pero, volviendo a la idea que ciertos escritores cultivan en su imaginario mental en relación con los editores, me gustaría indicar que uno no sabe qué es peor, que dichas relaciones no sean tan armoniosas como las que existían en la revolución industrial entre proletarios y patrones, o las que mantienen algunos críticos cuando pretenden aclararnos el confuso ambiente en que aquéllas se enfrasan.

64

La lección que nos da Juan José Lanz es modélica de lo que yo considero que un crítico no debería hacer jamás: hablar a los ectoplasmas de la tribu, es decir, sin ningún destinatario preciso y concreto. Con lo cual, todo el potencial crítico de su prosa se queda en agua de borraja. Y mira que Lanz nos la prometía gloriosas. Nada más y nada menos que llegaría incluso a hablar de “terrorismo editorial”. Palabras mayores donde las haya. Para colmo, asociaba este terrorismo al auge y asentamiento de las autonomías, nacidas al albur de la transición política. Lamentablemente, Lanz “blableaba” de “lobos disfrazados de ovejas y vampiros y dráculas de la edición”, y de mecenas desaprensivos, a los que tildará de *aprovechateguis* desalmados del erario. Eso, sí, ningún nombre, ningún apellido, ninguna tarjeta de presentación. ¡Qué hipócrita bien educado!

Críticas así no merecen la pena. Llueven sobre tópicos más herrumbrosos que las lanzas de Velázquez. Veamos su apocalíptica descripción: “*En todas las autonomías* han aparecido, junto a honrados proyectos editoriales dirigidos por personajes verdaderamente preocupados por la cultura y la literatura, otros que, lobos disfrazados con pieles de cordero, han tratado de aprovecharse de la infraestructura que los gobiernos autónomos ponían a su servicio, para sacar su solo beneficio, gentes que, travestidas en mecenas, con un dinero que pertenecía a las arcas públicas, han resultado ser verdaderos embaucadores vampiros que han chupado de la yugular de los Departamentos de Cultura de las distintas instituciones hasta que han seca-

do la sangre que corría por sus venas y entonces se han apresurado para transformarse en elegantes condes Dráculas" ("Editores y terroristas literarios", *Pérgola*, N° 16-II-1993).

La misma actitud, aprendida en un colegio inglés, cultiva una y otra vez Javier Marías. En esta ocasión, y sin citar a nadie, arrojaba quilos de sal sobre la herida abierta, y que tanto parece disgustar a los editores, la que se sufre en cuanto alguien nombra la bicha por excelencia: el dinero. Marías añadía a la queja general un detalle particular. Su sensibilidad se sentía conmovida ante la situación penosa en la que arrastraban sus vidas los traductores, los cuales, en el texto del escritor madrileño, parecen siervos de la gleba explotados por el editor feudal de turno:

"Callan esos editores que desde hace ocho o diez años, con las nuevas tecnologías, el coste de los libros se ha abaratado tanto que si lo clásico era calcularle una cuarta parte de venta, hoy viene a ser una décima parte. De este monumental incremento de los "márgenes de beneficio" nada se ha sabido en este tiempo, menos aún que los editores lo repartieran con los autores ni por supuesto con el eslabón más débil, los imprescindibles traductores que todavía malviven dejándose las pestañas para que podamos leer a unos cuantos genios además de a Borges, Valle Inclán y Cervantes" (J. Marías, "Intermediarios literarios", *El Semanal*, 9-11-1997).

En el mismo artículo, y aprovechando que el Pisuerga pasaba por Tafalla, es decir, la polémica en torno a la liberalización del precio de los libros de textos, la utilizará Marías para arremeter de nuevo contra los editores. Decía así: "Marina Mayoral, que es novelista, adoptaba insólitamente los argumentos de los editores —quiero creer que por ingenuidad— para explicarles los inconvenientes de la liberalización de precios en los libros de texto, que propugna el gobierno. La iniciativa es nefasta —sobre todo para los librereros, en efecto—, aunque al consumidor pueda parecerle de perlas en un principio. Sin embargo la postura de algunos editores al respecto es inaceptable y un poquito chantajista, ya que sin cesar hablan de sus pobres "márgenes de beneficio", cuya disminución los "obligaría" a encarecer los libros para hacer frente a la rebaja forzosa". (Ídem)

A los años, y una vez calmada la tensión creada por dicha polémica, algunos editores proclamaron que "la liberalización del precio del libro se debía a ignorancia o a fanatismo neoliberal o corrupción" (*ABC*, 22-7-2000).

El que quiera entender que entienda.

Últimos coletazos

A todo lo dicho anteriormente, cabría añadir algunas apostillas. Por supuesto, en contra de los editores. Ellos, sobre todo los grandes, en palabras de Regás, directora de la Biblioteca Nacional, son los perversos manipuladores de los temas literarios y de las formas que acaban llegando al lector. Al menos, eso es lo que se desprende de sus palabras: "Existe una manipulación en la literatura que se concreta en los grandes premios literarios y en las editoriales que ya no tienen política editorial (...). Ahora el criterio es la venta y las editoriales pequeñas que apuestan por los contenidos comprometidos están absolutamente silenciadas" (*Diario de León*, "Cultura", 28-8-2005).

Recordando lo cual, que diría un paisano de prosapia, uno no tiene por menos que ponerse serio y decirle a la Regás y a todos los que se comportan como ella: Si es como dice usted, ¿entonces cómo forma parte del jurado del premio Planeta, el premio más corrompido y más manipulado que hay debajo de la capa de ozono de este cosmos tan estéticamente desordenado?

Más todavía. El año en que el premio Planeta cumplió sus cincuenta años tenía una dotación doble, fabulosa, de ensueño. Pues bien, pocos días antes del fallo, los patrocinadores se encontraron sin premiado, pues Carlos Fuentes, a quien se lo habían apalabrado, no había terminado el libro. Según fuentes cercanas a la editorial, otearon en el panorama a ver a quién —iba a decir corrupto, pero me he contenido— encontraban para que se presentara con rapidez al chanchullo. Y ¿con quién se toparon, amigo don Quijote? Así es, ni más ni menos que con doña Rosita Regás, dispuesta rauda y veloz, a pesar de ser abuela de verano, a que la instrumentalizasen, la manipulasen y la usufructuasen, y la trampearan y, en fin, a hacer todo cuanto le pidieran, eso sí, por la mitad de lo que iba cobrar el “honrado azteca”, otro que tal semoviente que se pasa media vida dando lecciones de ética a todo el mundo.

Termino con una reflexión de Luis Mateo Díez: “Hay un proceso de abandono de los editores a los lectores y una búsqueda denodada de la cuenta de resultados, de cómo el comercio ha entrado en el mundo editorial y de los libros —que es por otro razonable ya que es un mundo industrial— nos está llevando, como en tantas otras cosas, a una gran contradicción: la búsqueda del lector que no existe, que es quien lee un libro, pero no se engancha para el siguiente, la denodada búsqueda de ese lector que no existe porque ése es el lector más multitudinario, el que no lee. Y decide lo que quiere (...) Menos mal que algunas editoriales pequeñas están sosteniendo la vela atendiendo al lector que lee e intentando ganar lectores para la lectura” (*ABC*, 8-10-2005).

66

El punto de vista de Mateo Díez es tan complaciente como engorroso de solventar. Y contradictorio en el fondo: hace un canto maravilloso a las pequeñas editoriales, pero cualquier escritor de postín está suspirando porque le publiquen Alfaguara, Anagrama, Destino, Planeta y lo que usted diga.

Coda final

En veinte años —que son los referentes temporales que llevan las citas que he elegido para este artículo—, el discurso, por llamarlo de alguna manera, de las relaciones entre escritores y editores, cultura y edición, calidad intelectual y editores, gusto literario y premios de grandes editoriales, sigue provocando mucha y mala baba sintagmática.

La imagen del editor como proxeneta del escritor sigue en pie de guerra colateral.

El escritor sigue considerando que el editor es un ladrón de su plusvalía y que, básicamente, solamente le interesa el dinero. Pero, a la vista está, que el dinero les interesa a todos, al editor y al escritor. Así que la cuestión es vender mucho para que todos puedan llevarse el botín.

¿Y la literatura? ¿Les interesa? También. Pero como decía el doctor Jonson, quien escriba para mayor gloria literaria de su yo, y no por dinero, es un imbécil.